



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TITULO: **Sobre actores y movimientos: Perspectivas de la acción social en América Latina y México: Entrevista a Sergio Zermeño [\*]**

AUTOR: *Otto Fernández R. [\*\*]*

SECCION: Entrevistas

## TEXTO

OTTO FERNÁNDEZ (OF). Para iniciar esta entrevista me gustaría discutir contigo los diferentes análisis sobre las formas de subjetividad en relación con los tres tipos determinantes de enfoques que hay en las ciencias sociales; por decir alguna cosa: la perspectiva de clase, actor y movimiento social, las que remiten, globalmente, a las tradiciones del marxismo, el institucionalismo, funcionalismo y realismo, así como a las teorías de la acción social. ¿Cómo caracterizas hoy la adopción o empleo de estas tradiciones teóricas en el análisis de la acción social? ¿Cuáles son los nuevos perfiles con los cuales uno puede repensar estas tradiciones: en su utilidad, fragilidad o en la inconsistencia que puede estar acompañándolas a la hora de abordar la complejidad misma de la acción colectiva?

SERGIO ZERMEÑO (SZ). Es una pregunta muy compleja. Tengo la impresión de que tanto clase como movimiento social, son referentes conceptuales que ordenaron a la sociedad; ordenaron a lo social en una época del gran momento de la modernidad de la sociedad. Momento muy corto para la Europa de finales del siglo pasado y principios de éste, hasta la Segunda Guerra Mundial, quizá. Después se desmontan esas nociones, sobre todo para América Latina.

En los países de enclave minero de América Latina (Chile, Bolivia, Perú) la referencia a la clase fue muy importante y muy útil; posteriormente, tanto el elemento clase como el elemento movimiento social pierden por completo su capacidad de expresar a la sociedad y la sociedad su capacidad de nutrir a estas concepciones. Hay un desmontaje de los agregados colectivos y el referente de clase en América Latina, a partir de los años setenta, queda totalmente excluido. Viene entonces, la moda de hablar en términos de movimientos sociales. Una moda muy influenciada desde Europa y, en cierta forma, desde Francia. Será Alain Touraine, siendo profesor de muchísimos latinoamericanos, quien le dará fuerza a la noción de movimiento social. Después, la sociología anglosajona también encuentra en este concepto una solución teórica para desmontar lo que fue el marxismo en términos de la relación infraestructura-superestructura, de los agentes de la sociedad como poseedores de un lugar en una cadena, etc. Los colectivos son apreciados, entonces, como movimiento social; esto coincide con el desbordamiento de la sociedad urbana tradicional latinoamericana. Es el momento de los años setenta, cuando las grandes masas populares se vuelven masas populares urbanas y pasan al frente de la escena, desbancando de manera muy clara al movimiento obrero o dejándolo en sordina, y presentando así una panorámica de la sociedad latinoamericana bastante desordenada. Entonces, en ese desordenamiento es mucho más útil la noción de movimiento social que la noción de clase.

Posteriormente, y bajo el contexto autoritario a la alza, el desmonte de lo social mismo es más fuerte todavía. Se llega al punto en donde hay que empequeñecer más los conceptos; reducirlos en términos de su capacidad para comprender colectivos sociales. El concepto de movimiento social es un concepto bastante ordenador y ordenado conceptualmente. Implica, en los términos de Touraine, un adversario, una identidad colectiva que se opone a ese adversario y un campo de conflicto en el que se va a dar el movimiento social. Bajo esa perspectiva, es obvio que entonces hay una idea de cierto ordenamiento de las acciones, conflictos y formas de lucha. Sin embargo, tengamos presente que la sociedad latinoamericana comienza a funcionar, sobre todo urbanamente, de una manera mucho más desordenada. Se cae, en consecuencia, en las nociones de identidad restringida, por ejemplo, democracia emergente y una serie de nociones que están más acorde con la proliferación de niveles muy circunscritos en lo social-popular: las comunidades eclesiales de base y distintas formas de asociación del tipo de ollas populares, de defensa de lo popular. Viene así, la euforia por caracterizar a la sociedad latinoamericana, ya no digamos en términos de clase o ni siquiera en términos de movimientos sociales, sino en términos de identidad circunscrita, restringida y de democracia emergente.

El ambiente cultural e intelectual no cesa de acusar una predisposición minimalista de la acción. Y ahí tenemos entre los latinoamericanos una producción enorme de trabajos. Se trata de autores ya conocidos por nosotros: Norbert Lechner y Clarisa Hardy en Chile; Lucio Kowarick y José Alvaro Moises en Brasil; Eduardo Ballón en el Perú; Elizabeth Jelin en Argentina; en fin, una cantidad de autores que caracterizan bien esa época y a esa sociología de las identidades circunscritas.

Se llega al momento casi del análisis ya más durkheimiano y se pasa de estudiar la realidad latinoamericana en términos de identidad restringida, en ocasiones, a estudiar esta realidad incluso en términos de anomia, desidentidad, desorganización, etc. Como dijo Eugenio Tironi, el chileno, una sociología negativa en lugar de una sociología del desarrollo, progresiva, propositiva. En ésta se trataba de ir hacia adelante, pero de repente llega una cuestión muchísimo más pesimista y menos enganchada con las etapas hacia el progreso y se cae en esta sociología un poco más de situación, conmoción o parálisis.

OF. Uno podría afirmar que, en cierta medida, la intensa discusión sobre la clase, realizada en América Latina y México, no generó los resultados analíticos que podría esperarse. Porque, en los hechos, la relevancia de la investigación fue mínima. Da la sensación de que lo que podría haber sido la apertura se transformó en "lugares comunes" sobre el paradigma de clase, permitiendo así la emergencia del problema de los movimientos y, eventualmente, no en un sentido cronológico como tú dices, la introducción de la discusión sobre el actor. En función de esta caracterización que explícitas, ¿cómo se incorporó en tu propia reflexión este proceso, desde lo que puede ser México: Una democracia utópica, hasta "El fin del populismo" o "Los intelectuales y el Estado en la década perdida"? ¿Cómo opera esa situación que, en cierta medida, nos condiciona a todo; no importa en que discurso estuviésemos anclados, teóricamente hablando?.

SZ. Bueno, estamos hablando de 25 años de historia de México y de América Latina. Yo me fui a estudiar a París después de los años setenta y nuestra gran esperanza en el 68 y en los años setenta, era que América Latina, más cercanamente México, a pesar de ser una sociedad indígena, una sociedad fuertemente mestizada, estaba siendo capaz de modernizarse y los actores modernos, tanto el proletariado como los sectores medios y la propia burguesía, estaban siendo capaces de retomar, embarnecer, acentuar su presencia

frente a una relación Estado-sociedad muy dura para la sociedad como es en la historia de México.

Eramos demócratas en el sentido más esperanzador de la palabra. Incluso en el momento en que el echeverrismo se enfrenta, de una manera muy fuerte, a la clase industrial y financiera mexicana, eso estaba dentro de una estructura clásica de interpretación: son clases sociales que van exigiendo su parcela de poder hacia lo social y confrontando al Estado. Por otro lado, la clase obrera tiene en esa época una importante presencia; se da la independencia de una cantidad de sindicatos, principalmente los electricistas con Galván, los sindicatos universitarios nacen ahí y son muy fuertes en la política mexicana; y naturalmente las clases medias, que eso fue el 68. Entonces, es el momento de finales de los sesenta y principios de los setenta de una sociedad moderna y esperanzadoramente democrática. Ese es un momento preciso, es una modernidad mexicana inacabada y débil, como podría ser en nuestro país una modernidad, no sé en términos de actores sociales, pero al final de cuentas, el punto más alto de lo que se pareció en México a la modernidad.

OF. A partir de ese punto que dices de la modernidad, ¿cómo se procesa esa modernidad en el sentido del discurso, del análisis de la subjetivización? Esto para poder entender si la ruptura o el desplazamiento de la tradición de clase por el de movimiento o de actor estuvo amparada en acontecimientos decisivos. Por ejemplo, la Revolución Cubana reivindica la noción de clase; la ola autoritaria reivindica, en cierta medida, una recomposición de actores y, parcialmente, de las fuerzas sociales a las que estratifica en su discurso y práctica políticos; y las aperturas liberalizadoras identifican en la emergencia de nuevos actores y de movimientos sociales y de élites tecnocráticas una presunta heterogeneidad absolutizada en algunos enfoques.

SZ. Bueno, en ese momento hubo que repensar la noción de clase, a pesar de que estas clases estaban entrando en escena. Se repiensa la situación de clase y de movimiento social.

Quiero recordar aquí que es el momento en que Gramsci tiene una gran audiencia en México y en América Latina. Es cuando se consumen con más fuerza los libros de María Antonietta Macciocchi y de Cristine Buci-Glusckman y de tantos otros autores sobre Gramsci. Pero, ¿qué es lo que se expresaba ahí fundamentalmente? Como dijo Chantal Mouffe, quien hizo otro trabajo muy importante sobre Gramsci, en realidad, no es tanto que las clases estén ahí en el escenario y que las clases oprimidas vayan a acumular fuerza para poder dar el paso hacia otro nivel; no, lo importante es que la idea de hegemonía no está dada en términos de acumulación de fuerzas. En realidad, hegemonía significa un cambio cualitativo, intelectual y moral de la sociedad; en donde la idea de confrontación armada no es más la idea eje de la conceptualización, es un cambio intelectual y moral el que va a permitir este nuevo estadio. Entonces, lo importante era ese pasaje a una nueva situación donde los sectores populares y los sectores obreros, etcétera, pudieran formar parte de un acuerdo nacional y que ese acuerdo nacional no tenía que eliminar al contrario, sino era la posibilidad de llegar a un nuevo bloque de poder.

Es el tiempo en que el eurocomunismo tiene una fuerza muy grande. España estaba pasando a un nuevo acuerdo social y político. Y bueno, entonces, Gramsci funciona ahí como la bisagra, el paso de una discusión de clase muy elemental y confrontacionista hacia una discusión de clase, hegemonía y revolución en términos menos reduccionistas. Conocemos muy bien ese momento y ese pasaje; lo importante aquí es que tampoco esa noción sobrevivió. Esa conceptualización gramsciana del Estado no es la conceptualización que siguieron los tránsitos, digamos, a la nueva etapa; fue más bien,

repito, una construcción mucho más pesimista del pasaje a lo moderno la que imperó. Entonces, está esa sociología en términos muy pequeños, muy ahistóricos; es decir, sin la esperanza de la etapa nueva, superior, vital y viendo a la sociedad de esa manera un tanto arrinconada por "ofrendas" a la negociación tal cual.

OF. Estás procurando una perspectiva de América Latina en conjunto, pero ¿cómo se refleja eso en México? y en un punto que es central, ¿cómo redefinen las instituciones sus líneas de investigación sobre el problema del análisis de identidad, formación de conducta política, análisis de movilización, etcétera?

SZ. Bueno, en el momento en que las dictaduras militares desaparecen del mapa y se pasa a un gobierno civil, las posiciones de los intelectuales y de las ciencias sociales sufren una gran sacudida. Por una parte, todo un grupo de intelectuales que había sido crítico, pasa a formar parte de los gobiernos latinoamericanos, en Chile particularmente, en Argentina también. Entonces, entra una euforia, otra euforia por caracterizar a América Latina, como en una etapa de tránsito a la democracia y se abre ese gran filón de autores. Lechner de nuevo, Garretón, Cavarozzi, O'Donnell y tantos autores que llegan a tener una importancia enorme y que basan su razonamiento en la idea de que América Latina, como el Sur de Europa, como Europa Mediterránea, como Europa del Este, estarán transitando hacia formas democráticas, y que si bien esas formas democráticas no son formas sustantivamente democráticas, sí lo son por lo menos en la construcción de una cierta intermediación institucional que será capaz poco a poco de lograr una justicia social en términos más sustantivos. Pero lo más importante es construir estos espacios de intermediación, de acuerdo entre distintas fuerzas: buenos Parlamentos, un buen sistema de partidos políticos, un buen sistema de justicia y judicial, etcétera, etcétera.

Esta es una corriente muy poderosa en América Latina y en el caso de México, también tiene repercusiones muy fuertes. Por un lado, grupos intelectuales muy importantes de nuestro país pasan a colaborar con el gobierno y con los diferentes regímenes y encuentran en esta teoría del tránsito a la democracia un instrumento muy importante para legitimar todas las políticas de reajuste económico (estamos hablando de la crisis de los ochenta, de los nuevos cambios estructurales y del enganche globalizador). Por otra parte, en una posición muchísimo más débil está o intenta estar, porque cuesta muchísimo trabajo, una corriente que sigue manteniendo su preocupación en términos de lo social, en términos de las identidades colectivas en los barrios, en comunidades de ejidos, en otras situaciones campesinas, etcétera. Pero esta sociología definitivamente pierde mucho terreno porque las propias instituciones universitarias le dan muy poca fuerza. Se politiza el razonamiento en ciencias sociales, es decir, deja de ser un razonamiento interesado en el estudio y la reconstrucción de las identidades colectivas y se vuelve un pensamiento interesado en cómo reconstruir las instituciones políticas para un supuesto pasaje a la democracia, con lo cual el perfil de la investigación sufre los rigores del reajuste político hacia el control colectivo y no hacia su explicación social.

OF. Desde este punto de vista, ¿ese paso, del "conflicto" a la "concertación", que permite comprender que se están formando otro tipo de actores o de sujetos sociales, ha implicado un recambio teórico importante en los factores causales que los pueden explicar?

SZ. En términos históricos-sociales latinoamericanos, claro; creo que la realidad social se desordenó de una manera muy acelerada, se desordenó sobre todo en países altamente mestizados como México, Perú o Guatemala. Se complejizó porque, efectivamente, el panorama social dio la entrada a todos estos sectores no organizados y difícilmente organizables. Por otro lado, entramos en la década infame del crecimiento cero. Entonces, también hay un desordenamiento total para el crecimiento, donde se da un

crecimiento del sector informal como nunca. Aunado a eso, la entrada de México al GATT en el año 1986, la caída arancelaria y todo el reordenamiento estructural, significaron cambios muy importantes. Digo tres rápidamente, que ejemplifican la magnitud de la cuestión. Primero, el paso, en quince años, de doscientas mil a un millón de trabajadoras en las maquiladoras de la frontera norte, en toda la franja fronteriza, con sus familias, con toda la infraestructura alrededor.

Dos, la salida de los campesinos que no tienen, no tendrán o no están teniendo ya ningún rol como productores de granos básicos, porque los granos básicos entran de los Estados Unidos a bajísimos precios. Entonces, se esperan grandes migraciones y verdaderamente el centro y sur mexicanos están en ese desordenamiento tan brutal. Por último, a nivel de las clases empresariales, la quiebra de 8 de cada 10 empresarios medianos y pequeños y su sustitución, muy difícil, que todavía no se ve cuál sea. Todo esto genera un panorama muy desordenado en el caso de México y de América Latina, y naturalmente, ahí hay una tensión intelectual.

Frente a esto el intelectual tiene dos funciones. Una, pensar la realidad y ordenarla, cosa muy difícil ante ese panorama en desordenamiento tan brutal; y la otra tratar de darle un sentido a esa realidad, tratar de influir, como dijera Touraine, sobre la historicidad de esa sociedad. Las dos cosas son muy difíciles desde lo social. El intelectual por naturaleza, sobre todo en nuestro país, se ve empujado a ir hacia los aparatos desde donde se puede ver a la sociedad, darle algún orden y tratar de llevarla en un sentido. Entonces, esta noción de tránsito a la democracia, no cabe duda, es una tabla de salvación intelectual y moral en la decisión que coincide con la cercanía de esos grupos intelectuales a los aparatos de decisión política.

Bajo ese contexto la Universidad está sumida en una crisis. Hay esta fuga hacia arriba de los intelectuales que se enganchan con el neoliberalismo impresionantemente. En una época de grandes problemas sociales ellos van en el sentido contrario, hacia la política y hacia el Estado; pero es comprensible, la tensión abajo es terrible, es decir, para un intelectual el hecho de volverse un párroco de la sociedad es muy duro, el tener que ir a reconstruir identidades circunscritas en el barrio, al mismo tiempo leyendo y enterándose de los grandes problemas nacionales, del enganche globalizador, etc. La distancia es muy fuerte, la tensión es muy grande y naturalmente, la intelectualidad más importante opta por ir más bien hacia arriba, hacia la influencia.

OF. Te hago una pregunta que creo que es bien complicada: ¿realmente estamos en una transición en México?

SZ. Qué bueno que dijiste en México, porque eso me ayuda. Tengo la impresión de que comparar México con Chile es en estos momentos muy útil. Por ejemplo, Chile ha sido capaz de engancharse globalmente y tener una modernización tan salvaje como la mexicana, sin embargo, esa modernización salvaje chilena no destruyó tan fuertemente su modernidad o los factores de su modernidad, como sí lo hace en México.

Por ejemplo, en Chile hay una importantísima camada de empresarios pequeños y medianos que están siendo capaces de competir internacionalmente. La sociedad chilena se moderniza; la sociedad mexicana se descompone. Entonces, quizá allá se pueda hablar de algún tipo de tránsito a la democracia. En España, sin duda, hubo un tránsito a la democracia en el momento de su enganche. La propia Colombia se siente modernizable a pesar de su desorden por violencia. Argentina es un país moderno. Pero en México, yo hablaría de un tránsito a un autoritarismo electoral.

Es impresionante cómo las últimas elecciones nos mostraron que la combinación de un grupo gobernante muy reducido (300 firmas nacionales e internacionales), los medios de comunicación estratégicos, los recursos estatales (ya sea por medio de privatizaciones, por nuestros impuestos o por préstamos internacionales) y un aparato de seguridad cada vez más centralizado, son elementos que están siendo capaces de imponer desde lo alto un consenso falso.

El resultado de las elecciones, si tomamos en cuenta todos los instrumentos con que contó el Estado mexicano, nos deja atónitos, porque quiere decir que por más esfuerzo que hagan los actores de oposición: partidos políticos, movimientos sociales, etc., no están siendo capaces de evidenciar de manera clara este nuevo autoritarismo cibernético-electoral, un autoritarismo que se expone a las elecciones y sigue teniendo los instrumentos para funcionar y operar. Esto me parece conspiracionista como interpretación de una sociedad; no me resisto a hacerme la crítica a mí mismo, pero no me resisto tampoco a pensarlo porque fue muy brutal lo que sucedió.

Uno de los grandes peligros ahora es que esto que se llama PRD, por ejemplo, que fue una especie de condensación extraña, pero que ha durado estos años, se desmantele y una dirigencia política sin perspectivas estratégicas de hacer política quede arriba, y una impresionante emergencia de regionalismos, de movimientos, de dirigencias, de corrientes se atomice abajo. Arriba tendríamos organizaciones políticas fuertes, el propio PRI, el PAN, pero como organizaciones de sectores sociales pasivamente integrados. Los excluidos cada vez tienen menos posibilidades de tener una expresión y de ser considerados en esta dinámica. En esa medida, como que regresa la idea de clases, pero no una idea de clases marxista, sino un idea de clase premarxista. Los pobres contra los ricos. El México de los dominantes y de los consumistas, y el México de los excluidos, de los pobres. Esos son algunos elementos que están en el asunto.

Otros elementos ya más utópicos serían los de reconstrucción de las identidades sociales básicas, por ejemplo la utopía comunitaria. Y es que ante una destrucción tan desproporcionada en todos los niveles renace la utopía comunitaria con mucha fuerza, pero muy acorralada al mismo tiempo. Si pensamos en el levantamiento zapatista como una utopía comunitaria ahí hay un problema; el zapatismo se proyectó demasiado fuerte nacionalmente; si lo redimensionamos en su utopía comunitaria-indígena tuvo una gran fuerza, pertinencia, nos dijo cosas, entendimos cosas. Está ese lado, un lado que a veces es mucho más importante para los sectores más pobres indígenas, donde la cultura tiene asideros todavía más inmediatos que para el México roto, urbano, en donde los referentes culturales están mezclados, no tienen ninguna pureza, no se puede recurrir a ellos porque están justamente rotos. Son sectores sin cultura en ese sentido, sin pasado, con pocas utopías construibles para ellos mismos. Pero bueno, está la utopía de la reconstrucción comunitaria que es muy cercana a la utopía ambientalista, ecologista, etc., que es otro elemento con el que se está tratando de pensar o repensar la realidad. Y definitivamente, se mantiene la discusión fuertísima entre transición a la democracia como toda una ideología, y frente a ella el esfuerzo de demostrar que lo que se está reconstruyendo son formas de autoritarismo que todavía no podemos conceptualizar con claridad, pero que en sociedades altamente mestizadas, con una herencia de Estado fuerte y de sociedad muy débil y parcelada como es México, se reconstruye con una enorme facilidad la preeminencia del Estado sobre la sociedad. Hay una derrota constante de la sociedad y un reforzamiento creciente del poder del Estado frente a la sociedad.

OF. ¿Cómo opera esa noción de exclusión, ya no sólo con relación a los sectores populares subalternos en condición de empobrecimiento estructural, sino con relación a aquellos sectores medios, integrados o no integrados a los procesos de modernización social o política?

SZ. Bueno, debe ser muy interesante, realmente, hacer el balance de la exclusión de los supuestamente incluidos y estoy pensando en la Universidad en primer lugar. En esa cantidad de profesores de facultades que van quedando fuera de toda demanda, son regiones de la propia Universidad que se marginan. No es que los problemas que estudia la Sociología no existan; existen con más fuerza cada vez y paradójicamente estas regiones de la Universidad parecen desmembrarse, destruirse. La Sociología parece que no tiene ninguna fuerza en el discurso colectivo. Entonces, éstos son de los grandes marginados dentro de lo más moderno, moderno en el sentido fuerte que tuvieron nuestras sociedades.

Los otros sectores. Se trata de una cantidad de pequeños y medianos emprendedores por su cuenta que en el ascenso de la sociedad industrial y urbana fueron muy importantes y que no están teniendo ahora importancia, están siendo marginados. Pienso en una cantidad de oficios intermedios y de servicios intermedios. Vemos cómo se abren enormes tiendas de venta de productos importados y nacionales. Visité hace muy poco una tienda de productos para el hogar, desde construir la casa hasta asuntos de hacer la comida, todo lo que tenga relación con el espacio que se llama casa. Eran unas tres o cinco hectáreas y ahí vendían todo lo que vende un ferretero de la esquina, todo lo que tiene una tlapalería, todo lo que tiene una papelería, todo lo que tiene una cantidad enorme de pequeños negocios que encontramos en la ciudad y que son parte de la densidad intermedia de la sociedad, la pequeña burguesía en el sentido estricto. Uno va a París y en cada cuadra encuentra a cuatro o cinco pequeños comerciantes vivos, existentes, útiles; pero vemos nuestra sociedad y sabemos que los pocos que quedaban, los que existieron, van a desaparecer completamente con este nuevo tipo de comercio que se está llevando a cabo. Porque ya no son nada más los grandes supermercados, son los inmensos supermercados con tarjetas privadas lo que separa la sociedad en dos: los que consumen y los que no consumen.

Pero no son ellos nada más, sino aquellos empresarios y personal de servicio que está desapareciendo. Lo mismo puedo decir de la cantidad de franquicias que vemos establecer en una ciudad como ésta. Esa cantidad de franquicias son una cantidad similar de pequeños empresarios, pequeño burgueses en el sentido clásico, que van a desaparecer de la sociedad. Son sectores medios completamente en procesos de marginalización. También hay que hacer un buen recorrido de esto, ver la burocracia pública a quién está despidiendo, a quién está brindando empleo para ver la velocidad con que cambian, también, en ese espacio del intermedio, las identidades y la exclusión social.

OF. Desde esa perspectiva llaman mucho la atención los espacios con que el aparato estatal de América Latina refunda su legitimidad después de los períodos autoritarios en el Cono Sur y en los países de América Central. En el caso mexicano, uno podría pensar que se alcanza la redefinición de un consenso de masas no necesariamente por vía electoral. Puede ser a través de políticas sociales, por cooptaciones de actores específicos, o por políticas de globalización elevadas a imagen mítica, caso TLC. Con tal supuesto entonces, ¿cómo opera el Estado mexicano?, ¿en qué radica su legitimidad con crisis alternativas de legalidad y legitimidad, al mismo tiempo?

SZ. Si México tuviera la posibilidad de seguir modernizándose en el sentido que lo quiere el discurso, su ideología, en realidad, las fuentes de la reproducción de la matriz política mexicana serían nulas. En los años sesenta y setenta pareció que el Estado era puesto en jaque por la sociedad mexicana, pero en la medida en que el modelo en estos países de fuente mestiza genera masas crecientes de pobres, de gente pobre e inculta, el

modelo mantiene su tesoro de masas que es una fuente de legitimación de la política y del autoritarismo.

El crecimiento de la pobreza extrema y de la pobreza, así definida, es muy grande y la forma en que se relacionó el gobierno, es decir, el Presidente de la República con la masa marginal fue original de una manera, quisiera decir populista pero no, ahí sigue existiendo una innovación muy grande. El Pronasol, el programa Procampo y la forma en que se reconstruyó el sistema de abasto alimentario, la Conasupo, muestra cómo hay una enorme modernización del manejo de la pobreza. Pero esa modernización del manejo de la pobreza, apelando no a la unidad colectiva, sino a cada uno de los pobres como pobres, como individuos, es una forma muy nueva de la relación líder-masa; en este caso del Presidente Salinas, con la enorme masa paupérrima de mexicanos. Entonces, digamos hay una solera muy fuerte a futuro para que el autoritarismo tome esas bases y para que la legitimidad siga adelante.

Un ejemplo en esa dirección es muy interesante. Se daban tortibonos a través de ciertos jefes de familia o alguna persona que tenía una preeminencia en un barrio para que las distribuyera al principio del régimen de de la Madrid; esto generó una forma a veces de pequeños liderazgos, de pequeña organización popular; se vio que era inconveniente y se cambió por una mica. Entonces se le da la mica a la persona después de un estudio. Con esa mica, va al molino de nixtamal, a la tortillería, pone la mica y una máquina automática marca que ya se le dio el kilo de tortillas, o los dos kilos, y se va. De manera que queda completamente atomizado el beneficiario. Después el dueño de la tortillería va a un banco con su caja sellada, ahí se abre la caja y se hace la cuenta de lo que vendió y se le paga. Vemos cómo es una forma completamente moderna de desmantelamiento de identidades colectivas, incluso partes mínimas de identidades más grandes; y la lista de cómo se emplea y cómo se otorgan los apoyos del Pronasol es muy grande y muy interesante, pero ahora no la podemos revisar. En todos los casos, es un empleo de la pobreza sin fomento de la construcción de identidad colectiva, muy interesante como nueva forma relación líder-masas, efectivísima.

OF. La emergencia del neocardenismo en el 88 podríamos pensarla como una crisis del actor estatal, como admities en otro lugar. Una crisis en donde el discurso ya no es privilegio de un actor institucional, en este caso el Estado. Asimismo, con el zapatismo en el sur de México aparece una segunda gran cultura antiestatista. Ante esta situación, ¿con cuáles motivos de integración y lealtad de masas opera el Estado hacia la sociedad?

SZ. Tengo la impresión de que los grandes símbolos nacionales se siguen manejando como discurso y eso contrasta día con día con los hechos. Por ejemplo, el Presidente de la República puede hacer un discurso, casi a la manera clásica, sobre los derechos laborales y en ese mismo momento tener cinco huelgas que no van a tener ningún éxito, que se sabe de partida que son huelgas fracasadas. De manera que es la fuerza de la comunicación hacia toda la sociedad lo que mantiene la "unidad" de esos símbolos y entonces se llega a un grado de cinismo en la legitimación. Hay un altísimo cinismo en el discurso de los gobiernos neoliberales en México; todo lo que se afirma en el discurso público está contradicho en ese mismo momento en los hechos.

El haber podido crear, gracias a los intelectuales que tiene el régimen de su lado, un discurso que se llama liberalismo social para evitar que se le siguiera calificando como un régimen neoliberal, es un ejemplo. Inventa este asunto del discurso social en donde no hay social, hay estatal, y no hay ningún liberalismo, hay una lucha completamente desigual en lo económico y una mínima y nula representatividad en lo político. Ese es un ejemplo fantástico del cinismo legitimador, desde luego, la combinación de los medios de

comunicación más los intelectuales y todo el dinero que tiene el Estado para hacer prácticamente el discursos que se le pegue la gana.

OF. Viendo el ángulo contrario, ¿cuáles son las restricciones del zapatismo y del neocardenismo para reconstruir una identidad social en el momento actual?

SZ. Creo que son enormes las restricciones; nulas, casi, las posibilidades. No quiero ser pesimista total pero el estudio cuidadoso de la política en este año muestra que el zapatismo logró algo muy impresionante, expresarse a través de los medios de comunicación, casi tenerlos de su lado, y no logró con todo eso generar prácticamente nada, ni conmover en el sentido de hacer cambiar en algo la forma en que se hace política en México, la forma en tuvieron lugar las elecciones.

El cardenismo por supuesto que tampoco. Cárdenas declaró a la semana de las elecciones: "me equivoque, yo creí que se podía competir en condiciones de política normal, no es posible competir así". Fernández de Cevallos dice: "hemos tenido que competir en condiciones profundamente inequitativas e injustas" y ahí se calla. En todos los casos, tanto en los líderes como en la sociedad misma, existe el sentimiento de que ni el zapatismo ni el perredismo y cada vez menos el panismo, funcionan como movimientos sociales; sí como cúpula y acuerdos, como se le llama aquí a los "concertacionistas"; ahí sí se podrá tener algunos puestos, pero en ese momento pasan a ser parte funcional del mismo aparato de dominación; sin embargo, el aparato de dominación no está siendo quebrantado ni por el zapatismo ni por el cardenismo, es decir, por ninguna forma organizada social, y si es quebrantado es por alguna forma de desorganización profunda de la sociedad; eso es terrible, es la matriz mexicana de nuevo: ¡la única fuente del cambio es la destrucción!

OF. Entonces en qué consistiría esto que tú has denominado la crisis del actor estatal; porque estaríamos llegando aquí a un balance paralelo o parejo: los que intentan redefinir las identidades, los contenidos o las estrategias del Estado están imposibilitados cultural o históricamente, a corto y mediano plazo, de hacerlo. Pero el Estado, a pesar de "desarmar" la formación de identidades alternativas tampoco logra consolidar su propia identidad, o sea, que existe permanentemente una situación de crisis de hegemonías.

SZ. Sí, no ha logrado estabilizar de manera orgánica su verticalismo, pero aunque sea cíclicamente, sí regresa a posiciones de mucho control.

El año tres del salinato fue un momento de un altísimo control estatal. Con el Pronasol funcionando a toda máquina, con todos esos programas, con eventos internacionales y culturales de régimen de gran legitimidad... El talón de Aquiles del asunto está siendo que el enganche globalizador no ha dado los resultados económicos que se esperaban, la balanza comercial es deficitaria y no estamos siendo capaces los mexicanos de competir como actores empresariales, incluso como actores trabajadores, a un buen nivel en el nuevo modelo. Sí tenemos muy buenos trabajadores que producen en cadena para la maquila, pero de los otros, los intermedios, no. Los plomeros van a ser rápidamente desplazados por pequeñas empresas que van hacer esos trabajos con un tabulador, van a ir mucho más rápido.

El modelo no se está estabilizando y no está teniendo éxito en lo económico; y en la medida en que no tiene éxito en lo económico no podemos esperar una estabilización. Es claro que si hubiera funcionado mínimamente en lo económico esta globalización, realmente habría neoliberalismo para muchos años.

OF. Justamente por eso adelanto una pregunta y un comentario: ¿qué identidad se está constituyendo hoy en los sectores burgueses del país? Porque pasamos de una burguesía sobreprotegida que demandaba espacios, que los consigue, que posiblemente no tiene un límite en sus demandas, pero que al mismo tiempo puede conducir a un debilitamiento del aparato político del Estado mexicano. Entonces, ¿qué tipo de actividad o de perfil en la subjetivización de las clases dominantes se está produciendo hoy en México?

SZ. Bueno, como José Luis Calva lo ha dicho, han resultado ganancias las 300 grandes firmas del país; ellas se han llevado prácticamente toda la ganancia de estos últimos diez años. Quiero decir que hay un segundo nivel de empresarios que está sufriendo muchísimo, de ahí para abajo. El empresariado está en una situación muy compleja.

Tres ejemplos. En estos momentos hay mayor exportación de textiles y una quiebra elevada de empresas; evidentemente, se está dando una acumulación muy grande. Empresas de una gran capacidad tecnológica están exportando con gran inversión; el resto de los textileros está dedicándose a importar ropa hecha y venderla, se está reciclando en una burguesía "fayuquera", eso es en este punto. Por otra parte, la burguesía agraria, por ejemplo, genera un movimiento muy importante que se llama El Barzón protestando porque no puede pagar sus deudas, el dinero que les pidió a los bancos, dado que al abrir la frontera, sus productos cayeron y está en una situación desesperada, a punto de perder las tierras, de ser embargadas etc.; ésta es otra fracción burguesa importantísima. ¿Cómo actúa el Estado? Cuando se genera la identidad de estos organismos, de estos grupos de empresarios, como es el caso del Barzón, actúa inmediatamente dividiendo en dos grupos. Un grupo con el que sí negocia y a quienes va a exhibir en todo el país: vean, éstos son negociadores, sí quieren trabajar, sí quieren pagar sus deudas; y un grupo con el que no negocia e inmediatamente acusa de que no trabaja, de que no son competitivos, ni productivos; cómo van a poder pagar sus deudas, etc. A toda velocidad, también, una destrucción de cualquier frente común...

Tengo la impresión de que el empresariado mexicano, primero no está pudiendo ser competitivo en el 90% y va a desaparecer como empresario propiamente. Segundo, se está volviendo "fayuquero" y está perdiendo la moral de productor, y tercero, se está volviendo, en sus niveles más altos, corrupto a unos extremos impresionantes, pasando dinero lúcidamente para campañas políticas al PRI, al aparato estatal de manera directa. Los empresarios de los medios de comunicación están totalmente entregados al sistema de dominación y a la destrucción de las identidades sociales; son un instrumento directo de eso.

OF. Uno podría afirmar que en México estamos pasando por un proceso de "conservadurización política" -no por los resultados electorales, pues evidentemente no se trata sólo de eso- sino porque hay cierre de alternativas y hay incapacidades o imposibilidades coyunturales de ampliar los horizontes de representación y cambio políticos que se refrendan en los hallazgos de encuestas, estudios parciales y comparativos desde 1983 a la fecha.

SZ. Creo que como en Alemania había miedo al bosque que rodeaba las ciudades, porque ahí se escondían los peores demonios, en una sociedad tan pobre, donde la violencia está creciendo a tal velocidad, hay miedo a las clases peligrosas y todos los días se nos reproduce la imagen del peligro que significa la pobreza y las clases peligrosas, la violencia que hay ahí.

Creo que el zapatismo en algún punto, para la gente bastante ignorante, que es mucha y mayoritaria en este país, con mucha facilidad se le hizo pasar como parte de las clases peligrosas y generó un conservadurismo. Las mujeres, es decir un porcentaje mayor de amas de casa, votaron por el PRI. El ama de casa es una mujer no muy culta que tiende mucho al conservadurismo y si se le amenaza con estas imágenes, vota simplemente por la continuación.

Pero en fin, es un asunto de incluidos y excluidos de nuevo, por eso creo que el concepto puede servir.

OF. Para entender al país y sus formas de identidad momentáneas o más permanentes, podría también introducirse la idea de ciclo de movilización social, o sea, pensar que estamos en un ciclo con tales o cuales características. Si así fuera, ¿hacia dónde estimas que nos dirigimos?

SZ. Hubo una activación muy grande en este año (1994) y creo que vamos hacia un ciclo de apatía muy grande, de no participación política, de desmontaje de identidades más o menos amplias como la del PRD y de otras fuerzas sociales y cívicas.

OF. Me atrevería hacer una última pregunta, rediseñando quizás una idea planteada por tí hace bastante tiempo, pero que ahora adquiere mucha fuerza: ¿qué tan utópica es la democracia en México, desde los procesos de la subjetividad?, o sea, ¿cómo incorporar la noción de acción social y movilización política en curso con la posibilidad o no de lo utópico? Utópico en el sentido de las cosas más terrenales: democratización de lo social o cambio político estructural, o sea, ¿qué tan utópica se convierte esa forma de negociación, demanda, conflicto?; ¿sigue prevaleciendo esta utopía o en todo caso también forma parte de un laberinto cada vez menos tematizado por algunos intelectuales y fuerzas sociales?

SZ. La palabra "utópica" en aquello de la democracia utópica estaba en el sentido más pedestre, lo que nunca se va a alcanzar; tú lo estás manejando en el sentido de lo mejor o más integral de la palabra, que son las grandes nociones e imágenes del futuro; las verdaderas guías de la vida individual y colectiva. En esa medida, tengo la impresión de que una sociedad embrutecida y empobrecida como está siendo en su mayoría la sociedad mexicana, por un lado, y por el otro, oportunista en términos de consumo y posibilidades de empleo, etc., es una sociedad poco utópica, no piensa en términos de moral y de su futuro, es pragmática. La sociedad mexicana, no podemos ignorarlo ni olvidarlo, siempre ha sido muy inmediatista. Por eso, de repente, cuando el zapatismo aparece, la utopía se echa a andar porque se vivió tanto tiempo en cosas tan bajas que cuando surgen cosas grandes en simbología, sí dicen algo. Yo creo que si el zapatismo no fue una simbología suficiente, una utopía suficiente para generar el cambio sí, por lo menos, permitió acelerar procesos de descomposición ya en curso, brindando agendas y temáticas que renueven la posibilidad de discutir el cambio y los contenidos del mismo. Por supuesto, y no me queda la menor duda, que para cambiar esto se necesitan algunos impactos todavía más poderosos en sí, y yo no se de dónde van a surgir; ahí soy pesimista.

México, D.F.  
Ciudad Universitaria,  
Octubre-Noviembre de 1994.

CITAS:

[\*] Profesor-investigador del Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM.

[\*\*] Profesor-investigador del Departamento de Sociología, UAM-Iztapalapa.